

CONGRESO LATINOAMERICANO DE SEXOLOGÍA
EL CUZCO, PERÚ
OCTUBRE 2000

LOS HOMBRES Y SU VIVENCIA COTIDIANA DE LA SEXUALIDAD

José Manuel Salas Calvo¹

INTRODUCCIÓN

La masculinidad, como objeto de atención, y los estudios sobre la masculinidad propiamente, son elementos de reciente aparición en Costa Rica. Los primeros trabajos sobre esta temática, ya sea de índole investigativa o de trabajo de base, se remontan a una escasa década.

Al igual que su surgimiento en Europa y Estados Unidos, a finales de los años sesenta y principios de los setenta, los primeros acercamientos a la temática se dieron como un acto de solidaridad y apoyo a luchas reivindicativas de las mujeres. De esta manera, se conoce un trabajo sobre masculinidad y violencia doméstica (Rodríguez y Salas, 1991), el que a su vez había sido presentado en el V Congreso de la Sociedad Interamericana de Psicología, celebrado en San José. Posteriormente, en el III Congreso Nacional de Psicología, en 1993, se presenta por primera vez el hecho que una mesa temática completa se dedicara a la masculinidad, abordándola desde varios ángulos (constitución subjetiva, paternidad, entre otros).

Para los años posteriores, se observa un incremento del interés por el tema, el cual da origen a algunos trabajos de graduación en la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica (prostitución y masculinidad, paternidad, violencia, etc.). A partir de aquí, el asunto se ha diversificado a otras disciplinas y el tema empieza a ocupar un lugar de importancia, tanto en el trabajo de algunas entidades del estado como de organismos no gubernamentales, tanto con la participación de profesionales en Psicología como de otras disciplinas.

Hoy día, entonces, como tema de análisis y de trabajo directo, la masculinidad tiene una mayor presencia y preocupación en diferentes ámbitos y temáticas (pedagogía de la sexualidad, paternidad responsable, salud, pareja, para citar algunos ejemplos).

¹ Psicólogo, profesor y ex Director de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica, Director del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación sobre la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM). Correo electrónico: jmsalas@cariari.ucr.ac.cr o instwem@racsa.co.cr

Se conoce del trabajo de varias instancias de índole académica estrictamente o combinado con el abordaje directo de temáticas, problemáticas o poblaciones. De hecho, en algunas discusiones de carácter nacional, la necesidad de abordar la masculinidad es parte fundamental de la agenda; tal es el caso de la recién presentada propuesta de la ley de paternidad responsable.

De esta manera, la masculinidad transita, desde la década del sesenta, desde el apoyo a las luchas de las mujeres, pasando por la preocupación de los hombres en torno a las mujeres, hasta la situación actual de la preocupación de la masculinidad en los hombres y de su presencia y acción en las mujeres. No es que se abandone el apoyo y solidaridad con las mujeres, el asunto es de énfasis: los hombres necesitamos preocuparnos y hacernos cargo de una serie de asuntos que tenemos que resolver entre hombres, primero, para luego ir al necesario trabajo conjunto con las mujeres. En esto estoy firmemente convencido de que, al final de cuentas, la manera en que están distribuidas las “cargas sociales” por género, no han hecho más que convertir nuestras vidas en pesados lastres de renuncias, muchos “no” y molestos “sí”.

Debo decir que, no obstante lo señalado, la masculinidad y temas conexos deben sumirse como en un estadio todavía incipiente en nuestro país, sin perjuicio de reconocer el esfuerzo sostenido y serio que se está haciendo.

Por lo anotado, es menester indicar que el presente trabajo se inscribe en la tarea que se lleva a cabo con hombres, específicamente en el tema de la masculinidad y la sexualidad. Parte del trabajo se ha hecho también con mujeres, pero para efectos de exposición se referirá lo realizado con los varones. Presenta una breve descripción y algunos puntos de análisis de los temas que más agobian a los hombres en su dimensión sexual, sin pretender ser exhaustivos, producto del trabajo con diversos grupos:

- con hombres adultos, en talleres sobre sexualidad masculina
- con hombres adultos indígenas, en talleres sobre pedagogía de la sexualidad
- con hombres adultos policías, en talleres sobre socialización sexual

LA SEXUALIDAD EN EL ENTRAMADO DEL GÉNERO MASCULINO

En un afán de breve ubicación conceptual, más no de profundización teórica, parto de la base que lo denominado como masculino es una construcción histórica y social. Que lo masculino (y lo femenino, el otro componente del par dialéctico que deberá estar siempre presente) es una asignación social que ha hecho el todo social de una serie de comportamientos, actitudes,

roles, afectos, etc. a un sector de la población: los hombres. Pero que esa asignación y la designación correspondiente (lo masculino), son convenciones sociales como muchas otras.

Es decir, masculinidad no es lo mismo que ser hombres. Plantearlo así sería confundir de manera ingenua género con sexo. El problema es que la construcción de la masculinidad ha sido y es tan efectiva que parece natural; es decir, parece que los hombres nacemos así y somos de determinada manera por tener determinadas características físicas. Para complicar el asunto, debemos decir que eso es cierto y falso, a la vez. Tenemos una alta probabilidad de ser hombres porque nacimos con pene y testículos y, sobre todo, porque sobre esa determinación biológica se ha determinado e impuesto la cultura y lo social. Valga decir, de machos humanos pasamos con cierta facilidad a convertirnos en hombres, integrantes del sexo masculino. Huelga decir que algo muy similar sucede con las mujeres y lo femenino.

Sin intención de extendernos más en este punto, sí convienen un par de aclaraciones.

La asignación de encargos de lo masculino no es solo un asunto de roles, como con alguna frecuencia se puede constatar. Los roles son la parte más visible de un complejo engranaje que integra, además, elementos de índole subjetiva e intersubjetiva. El papel de género o de masculinidad, que desempeñamos los hombres, tiene que ver con el mundo externo y también con el mundo interno, como sujetos individuales y como sujetos colectivos. Ser hombre implica comportarse de cierta manera, pensar de cierta manera, relacionarse de cierta manera y sentir de cierta manera. Por tal razón, trabajar con el género masculino requiere del acceso a ese mundo interno, el que precisamente guardamos con mucho celo.

Lo anterior, lleva a la segunda aclaración. Es necesario dirimir lo masculino tanto en lo real como en lo imaginario. Muchas acciones (en la acepción de Martín-Baró, 1985) de los hombres se sostienen en el imaginario, aún cuando las bases objetivas ("reales") de su condición estén muy lejos de soportar la mínima confrontación. Si esta doble consideración es de radical importancia en áreas como la violencia doméstica, la paternidad, y otras más, lo es aún más en el área de la sexualidad, en la que muchas vivencias, temores o acciones tienen como soporte un mundo imaginario sólido y poco permeable a su revisión. Por eso, hemos afirmado en otro trabajo (Salas, 1996) la necesidad que tienen los hombres de mentir y mentirse como mecanismo básico para mantenerse en el lugar de lo masculino que le ha sido asignado; la sexualidad es uno de los campos en el que vemos como esto se presenta de manera clara e incluso dramática.

Por tales razones es que estamos plenamente convencidos de que la sexualidad es, al igual que otras dimensiones, idónea para penetrar y auscultar en la masculinidad. Así como vemos, por ejemplo, que en la violencia doméstica y la paternidad, como función social, la masculinidad se manifiesta con connotaciones extremas, la sexualidad es un área en la que los

hombres someten a escrutinio y evaluación sus dudas y más angustiantes preguntas acerca de su ser hombres y, sobre todo, de su relación con las mujeres.

Como lo afirman Kimmel (1994) y Naifhe y White (1991), la masculinidad es un ritual permanente que los hombres debemos estar ejecutando con frecuencia, en la medida de que se trata de una condición frágil y rígida. A ello no escapa la vivencia de la sexualidad, la que se torna en uno de los campos de batalla más importantes y determinantes del ser masculino, no solo en relación consigo mismos sino también en relación con otros y otras.

EL TRABAJO CON HOMBRES Y SU SEXUALIDAD

Como se indicó en la Introducción, se presentan algunas de las situaciones consideradas como más relevantes, derivadas del trabajo con hombres adultos, en diversos contextos grupales.

La información que se suministra y las reflexiones sobre ésta se deben entender como aplicadas en forma particular a algunos de estos grupos o bien, de manera más frecuente en forma general. Valga adelantar el criterio de que sorprende la base común de muchas de las preocupaciones y manifestaciones de estos hombres en torno a su sexualidad, con independencia de su nivel académico, edad, extracción socioeconómica o grupo étnico.

En los siguientes apartados se intenta agrupar esas vivencias, con la quizá reiterativa advertencia que son divisiones formales de una realidad total, única e integrada, aunque no necesariamente se asuma de esa manera.

La sexualidad del hombre tiene que ser para complacer a la mujer

- Hay una clara demanda, sentida y asumida, de una sexualidad heterosexual, en la que se cruzan las comunes confusiones entre género y preferencia sexual. Una vivencia sexual de índole homosexual es cualquier cosa, menos la de un hombre; es más, quien la tiene no es hombre. Aparece de manera nítida la dimensión homofóbica que atraviesa toda la sexualidad masculina.

- Su sexualidad, en la que parece ser la preocupación más fuerte en estos hombres, está signada básicamente por la responsabilidad de la complacencia de su pareja, de las mujeres. Muchas de las proezas que se señalaron para ilustrar esto van en la línea del suministrar placer y satisfacción a las compañeras sexuales (estables u ocasionales); de esta manera, lograr una adecuada erección y sostener la eyaculación son ingredientes fundamentales para lograr este ideal de sexualidad masculina. Como se verá en los siguientes apartados, esta se

convierte casi en una referencia monotemática en las discusiones grupales, por lo que su referencia será constante en este trabajo..

- Como consecuencia y requisito, a la vez, el hombre es el que sabe y enseña acerca de la sexualidad. De manera clara, la referencia de Gindin (1991) acerca de la sapiencia que en materia sexual se le otorga y asume el hombre, por ser hombre, está nítidamente presente en los integrantes de estos grupos. Es evidente que esto actúa tanto en lo que puede ser lo real como lo imaginario. Como necesaria contraparte, la mujer no sabe o no debe saber de sexualidad, por lo que tiene que asumirse como alumna dócil y dispuesta. Una de las frases que ilustran esta consideración es “¡Uno tiene más experiencia y más aventuras que las mujeres... uno tiene la obligación de hacerla sentir bien!”

Una muestra clara de tales representaciones de la sexualidad masculina y femenina lo son las agrias discusiones (o expresiones no verbales) que se generan cuando lo que se revisan son “las propuestas de novedades eróticas” por parte de las mujeres. Es difícil tolerar la iniciativa femenina, la que se contrarresta con los cuestionamientos de “¿quién te lo enseñó?”, en un intento de controlar el fantasma del otro, perenne acompañante de la masculinidad.

En forma reiterada, lo cual va a contrapelo de muchas aseveraciones de la sexualidad masculina, son recurrentes las expresiones acerca de que ésta es vivida con dolor, presión, angustia y con mentira. Llama la atención que prácticamente, y cuando así sucede, la dimensión placer es escasamente mencionada por estos hombres. La sexualidad, el placer, la complacencia están como ausentes o al menos alejadas de la vida sexual en la mayoría de ellos.

Lo anterior es todavía más llamativo cuando tomamos nota de que, con frecuencia, al inicio de las sesiones de grupo, estas características son presentadas como credenciales de muy buenos amantes por parte de muchos de estos hombres. La competencia, característica fundamental de la masculinidad, tiene un importante asidero en la sexualidad, que de suyo agrega aún más tensión a su vivencia. La conquista de mujeres y el contacto íntimo con ellas, más que fuente de placer, es motivo de comparación y origen de mucho del puntaje que los hombres asignan a su masculinidad. Por ello, de manera angustiante, uno de ellos afirmaba: “Soy como un reloj despertador: las levanto, pero no las puedo acostar!”.

“¡Te salió cara la noche!”

- Necesariamente la sexualidad será entendida como aquel encuentro con una mujer que finalice yendo a la cama y obligatoriamente en intercambio de índole coital. Ya vimos en el apartado anterior lo difícil que es para estos hombres vislumbrar placer en sus relaciones íntimas; con este recaudo, podemos decir que si hablamos de placer se hace en una dimensión muy restringida, girando en torno a lo genital y muy concretamente a la penetración. Si esto no se logró, la experiencia fue pérdida de tiempo.

Algunos de ellos (cuestión que la hemos observado en otros ámbitos) declaran abiertamente haber perdido tiempo y dinero si, después de llevarla a cenar y a bailar, no tuvieron relaciones coitales. Ello es vivido como un fracaso, aún cuando todo lo sucedido pudo haber sido altamente gratificante y complaciente.

La anécdota anterior se refiera más a parejas ocasionales; no obstante, si la situación se da con una pareja estable (matrimonial o no), el relato es más o menos similar.

Es obvio que aquí hay una evidencia de lo que maneja el imaginario social de la sexualidad masculina, pero también de lo que la ciencia (léase psicología, psiquiatría y sexología) han fomentado al respecto: si hay preliminares es porque hay algo importante; por ende, el mandato es: “¡Trabaje bien esos preliminares para que lo importante sé de y de buena manera!”

- Asociado con esto, es obvia e inmediata la preocupación manifestada por la erección, la penetración y la eyaculación, como aquellos procesos que dan la definición de la sexualidad masculina. “¡Si a uno no se le para, está listo!”, es una de las expresiones más escuchadas cuando se discute el punto.

Si no funciona así, el espectro de la impotencia aparece en forma inmediata. Ello acarrea temores consigo mismo y el riesgo que ella se vaya con otro que sí lo haga correctamente.

- Por lo tanto, si no se cumplen las cosas como están prescritas, si aparece la impotencia, la eyaculación temprana o ella se va con otros (aunque sea solo en la imaginación), se es menos hombre. De esta manera, nuevamente, la sexualidad se convierte en una actividad o experiencia promotora de sinsabores, angustias y los más aterradores pensamientos, que con facilidad se tornan en obsesiones abrumadoras.

“¡Los hombres somos como hornos de microondas y las mujeres como cocinas de leña!”

- Asociado con el temor a la impotencia o a no mostrar virilidad, hay una exigencia de tener reacciones rápidas, desde el punto de vista de la respuesta sexual. Es sinónimo de hombría el mostrarse dispuesto a iniciar relaciones coitales sin mayores contratiempos. Además, tal condición implica, por definición una respuesta genital rápida e inequívoca, que evidencie la disponibilidad lo mismo que la capacidad de una experiencia amorosa.

- Es evidente que esa manera de vivir su sexualidad, hace que los hombres la asuman desde la postura del boy scout: ¡siempre listos!. Con frecuencia se escuchan manifestaciones en la línea de que es intolerable e inaceptable la renuencia a alguna posibilidad de intercambio sexual, lo que además de aportar indicios de deficiencias sexuales, se corre el riesgo de ser objeto de dudas o cuestionamientos sobre su virilidad. En otros términos, la homofobia vuelve a manifestarse de manera clara.

En repetidas ocasiones, muchos de ellos recuerdan que este tipo de imperativos se les presentaban desde su misma adolescencia y, ya sea que tuvieran o no actividad sexual, se debía responder de la manera esperada. Vale traer aquí a colación los certámenes de “¿quién

la tiene más grande?” o de la mayor capacidad masturbatoria y eyaculatoria, frecuente entre varones adolescentes, como un preámbulo de lo que poco después serán auténticas batallas por mostrar quién gana la contienda.

- Es evidente que tales vicisitudes son asumidas como parte de la responsabilidad que le compete al hombre en materia de sexualidad. Así, a la sapiencia sexual masculina, ya mencionada, se le agrega la incondicional respuesta que desde la fisiología debe estar garantizada. Nuevamente, la capacidad corporal de los hombres, requisito en otras actividades, debe también mostrarse en sus relaciones amorosas; debe estar bajo control, como lo están otras actividades áreas o funciones sociales

“¡A las mujeres hay que atiemparlas!”

- Es obligación de los hombres llevar el ritmo del contacto íntimo; tiene que conocer los secretos de la compañera, adivinarlos si es del caso, y saber “hacer el toque” en el momento justo. Así como el mecánico calibra el motor del vehículo y ajusta su chispa a las revoluciones, atiempa el motor, así el hombre debe proceder en su contacto sexual. Hay una combinación del deber masculino con una imagen de la mujer como objeto que debe manipularse para que responda; la asociación mujer-automóvil no se presenta como casual y más bien ilustra esa manera mecánica de apropiarse de su sexualidad y la de las mujeres por parte de los varones.

- Por eso el hombre no pregunta, sabe cuando debe actuar y lo hace, partiendo de la base que eso es lo correcto y es lo que complacerá a su compañera. El lío es que ellas, no con sus parejas, se quejan de precisamente todo lo contrario.

- Se colige de lo anotado que, por lo tanto, no hay que permitir que las compañeras se aburran.

-De suceder lo temido, se camina en el filo de la navaja en virtud del riesgo de, al no ser el amante ideal, se deje de ser un hombre objeto del amor de la mujer y lo deje, lo sustituya o lo descalifique. Al decir de Moore y Gillette (1993), se deja de ser el rey, lo que en muchos casos se torna como un estado intolerable que puede ser el precipitante de situaciones extremas de violencia contra otros o contra sí mismo (en ya no pocos casos, en ambos sentidos).

- Como una sensación un tanto más atemperada, pero igual de amenazante, se puede ilustrar la reacción que produjo en uno de los grupos el desarrollo de los acontecimientos en la película “Ojos bien cerrados”, de reciente exhibición en San José. La frase que desencadenó y sintetizó la dinámica del grupo en esa sesión fue “Ella le clavó el puñal”, para referirse a lo que sucede cuando la protagonista le comparte a su compañero las fantasías sexuales con otro hombre. De seguido se dijeron cosas como que eso no se hace, que es mejor callar ciertas cosas, que es mejor no saber ciertas cosas; es decir, que si el asunto es así, que se quede en el silencio porque el dolor que se puede producir en los hombres puede ser de consecuencias no deseadas. La sensación es de intolerancia, de ser insoportable para estos hombres el solo hecho que la mujer pueda pensar en otro hombre. Incluso, en un manejo más racionalizador, se comenta que las mujeres tienen derecho a tener ese tipo de fantasías, pero que entonces

mejor no las exterioricen. A estos mismos hombres no les es difícil justificar y comprender que es más aceptado que los hombres sí las comenten y que las mujeres las acepten.

Tal fue el impacto causado por esta trama del cine que se afirmó que una situación así, con facilidad, desestabiliza a cualquier hombre, por más fuerte y seguro de sí mismo que sea. “¡En 5 minutos, una mujer puede desestabilizar a un hombre!” es una expresión que sintetiza lo acotado. En otros términos, la sola manifestación de una fantasía o un deseo por parte de la mujer, es un arma letal para los hombres, en una suerte de desplazamiento violento que se experimenta de su centro como personas: “¡El chavalito se desploma por la fantasía de ella! . De nuevo, el rey, no soporta el más mínimo cuestionamiento.

Tanto fue la sacudida producida por este ejercicio que la temática central que estos hombres trataron en la sesión fue el de la infidelidad, asumiendo que esa era la cuestión central que dirimía la pareja de la película. Si bien toda obra de arte está sujeta a interpretaciones, llama la atención esta particular que el grupo le dio, en forma casi unánime.

El manejo obsesivo que los hombres, en muchas ocasiones, hacen de sus dudas sexuales respecto de sus compañeras, es retomado aquí, en el sentido de cómo ellos luego de enterarse de una información semejante entran en “maquinaciones” y fantasías apabullantes, que no les permite estar en paz. “¡La maquinación es fatal...uno se psicosea!”, comentaba uno de ellos. Por ello, mientras la mujer engañada es tildada de “pobrecita”, al hombre engañado se le señala como el “cachudo” y es blanco de las más feroces burlas por parte de otros hombres y de otras mujeres, de las cuales hay que defenderse. De aquí a acciones violentas es solo un paso.

“¡No se les puede dar confianza!”

- Por lo indicado en el párrafo anterior, para los hombres es complicado y atemorizante confiar ciertas cosas a las mujeres. Los argumentos que se esgrimen para ello son que las mujeres se cuentan todo entre sí y “Después, al día siguiente, la vecina lo mira a uno feo”, además de las acusaciones de “desconsiderado” y “machista”.

- Toda esta situación, también, se utiliza para explicar el “Nosotros no hablamos”, ni con sus compañeras ni con sus amigas, aunque por razones diferentes para cada caso. La expresión “Mi mujer no me lo presta” es una manera, a veces en broma a veces en serio, de decir muy rápidamente que tiene dificultades en la sexualidad con su compañera, sobre la base del código no escrito de no preguntar mucho sobre el particular.

Reflexiones generales

En este rápido e incompleto repaso de algunas de las principales preocupaciones de los hombres en torno a su sexualidad, se pueden extraer algunas interesantes reflexiones.

En primer lugar, se pueden observar con cierta claridad grandes paradojas:

- a) Quizá la más evidente y sería a la vez, la constituye el asumirse como el responsable del placer de su compañera, al mismo tiempo que los hombres actúan, las más de las veces, de manera no adecuada a tales propósitos. ¿Cómo atemperar a la mujer si, al mismo tiempo, la preocupación es “meter y sacar” con premura?. ¿Cómo lograr ese placer si la definición de la sexualidad masculina (erección, penetración y eyaculación) es justo la que no desean las mujeres (Hite, 1976), como único modelo para el disfrute erótico?
- b) Una segunda paradoja, emparentada con la anterior, lo constituye el hecho de tener que llevar y sostener el control de una situación que es (o es preferible que sea así) libre y espontánea, por su misma naturaleza. Esto a su vez se cruza, o complementa, con el control que lo masculino tiene que llevar en otros órdenes de la vida, procurando que lo femenino no actúe con iniciativa y creatividad.

Es paradójico que en los hombres haya una ética de la responsabilidad por el placer de la mujer, pero que esta responsabilidad se viva no como consideración y solidaridad con ella para un disfrute conjunto. Más bien tal responsabilidad se vive como el deber del que sabe de transmitir conocimientos, cercenando la capacidad proactiva de ella de compartir también en la intimidad. Así, complacer a la compañera no es un placer, es un deber.

- c) De esta manera, aunque el mandato es que la sexualidad masculina sea para el placer, lo que hemos revisado indica que la realidad dista mucho de ser así. Es una sexualidad vivida con obligaciones, deberes y poco placer; se trata de una sexualidad muy poco erótica y cuyas manifestaciones más bien se inscriben en lo contrario: mecanizada, genitalizada, rígida y automatizada. Es una actividad que los hombres se la toman tan en serio que no se divierten, no juegan libremente. En ese sentido, creo que el hecho que sean los hombres quienes más observan pornografía más que un determinante de su sexualidad, es un reflejo de ésta.

Por ello es que podemos presenciar la paradoja de una actividad humana cuyo principal componente lo es el contacto y que sea éste el que más se evite. En buena medida, en la sexualidad, lo menos que hacen los hombres es intimar, en el sentido de un encuentro consigo mismo y con la otra persona. El contacto y la cercanía son los elementos que se han constituido como definidores de la ética de lo femenino, por lo que “por botar el agua jabonosa, los hombres botamos a todo y chiquito”: por evitar lo definido como femenino, nos perdemos de la experiencia de mucho de lo humano que tenemos, en este caso, en el ámbito de la sexualidad.

- d) Al igual que en otros ámbitos, en éste, se constató una vez más otra terrible paradoja que viven los hombres. Es frecuente escucharles decir que con sus compañeras no hay confianza, en términos generales y en particular con la sexualidad. De nuevo, un campo de ricas posibilidades de diálogo y de compartir, se torna en otro de malestares e incomodidades.

Es realmente impresionante observar como también en esta área de sus vidas, los hombres tienen una permanente necesidad de mentir para sostener posiciones e imágenes, práctica a la que tienen que recurrir desde muy temprana edad. Quizá con el riesgo de adentrarse en un ángulo de la cuestión que no ha sido el eje de este trabajo, debe decirse que tal manejo mentiroso también es sostenido por muchas mujeres, las que para afianzar su feminidad deben abstenerse de hacer, decir o solicitar cosas que son “de los hombres”. Así, la experiencia de cercenamiento y de fragmentación vital corre para ambos lados, sabiendo que es así pero con mucho temor de enfrentarlo y modificarlo.

Por todo lo anotado, cabe plantear la urgente necesidad de reeducar, de reconceptualizar y de intentar una vivencia alternativa de la sexualidad y relación con las mujeres, porque en muchas de ellas se espera ese hombre seguro, sabio y complaciente. O la mujer que debe esperar y no mostrar su sexualidad, porque eso no es de damas decentes.

Para finalizar, también con algo que parece paradójico, debo decir que esta nueva manera de conceptualizar y de vivir la sexualidad por parte de los hombres deberá iniciarse retomando aquellos elementos de la vida cotidiana que no se enmarcan dentro de lo usualmente definido como lo sexual. La sexualidad habrá de reencuadrarse en la vida como totalidad, en la que el disfrute sea amplio y generoso y no solo centrado en unas reducidas partes de la geografía del cuerpo humano. Para lograr eso, los hombres vamos a vernos necesitados de despojarnos de muchos los mandatos que nos han llevados a ser “muy hombres” pero poco humanos.

BIBLIOGRAFÍA

Gindin, L.R. (1991). **La nueva sexualidad del varón**. Buenos Aires, Argentina: Ed. Paidós (2^{da}. Edición).

Hite, Sh. (1976). **El Informe Hite. Estudios de la Sexualidad femenina**. Bogotá, Colombia: Círculo de Lectores.

Kimmel, M. (1994). Masculinity as Homophobia: Fear, Shame and Silence in the construction of Gender Identity. En: Brod, H. and Kaufman, M. (Editores). **Theorizing Masculinities**. California, USA: SAGE Publications, Inc. (Traducción libre de José Manuel Salas).

Martín-Baró, I. (1985). **Acción e Ideología. Psicología Social desde Centroamérica**. San Salvador, El Salvador: UCA Editores (2^{da}. Edición).

Moore, R. y Gillette, D. (1993). **La nueva masculinidad. Rey, guerrero, mago y amante**. Madrid: Ediciones Paidós.

Naifeh, S. y White, G. (1991). **¿Por qué los hombres ocultan sus sentimientos?**. Buenos Aires, Argentina: Javier Vergara Editores S.A.

Rodríguez, M. E. y Salas, J.M. (1991). **Poder y violencia: la perspectiva masculina en relación con la violencia en general y la doméstica en particular**. En: Revista

Costarricense de Psicología, No. 19, julio-diciembre, páginas 9-20. San José, C.R.:
Publicación del Colegio Profesional de Psicólogos.

Salas, J.M. (1996). **La mentira en la construcción de la masculinidad**. En: Revista Costarricense de Psicología, año 12, No. 24, mayo-agosto, páginas 67-78. San José, Costa Rica: Publicación del Colegio Profesional de Psicólogos.

Salas, J.M. (1997). **Algunos apuntes sobre la violencia doméstica, desde la perspectiva de varones**. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica. Preparándose su publicación en la Revista Actualidades, del Instituto de Investigaciones Psicológicas.